SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

El Medio Físico-Geogràfico,

como antecedente del hombre
en las diversas manifestaciones de su actividad
y aplicación particular de esta doctrina a la

NACION MEXICANA.

Discurso de presentación del socio Activo
Ingeniero

JOSE L. OSORIO MONDRAGON,

pronunciado en la sesión
verificada el día 25 de marzo de 1915.



MEXICO
IMPRENTA: 1ª DEL NIÑO PERDIDO 10

1916

SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA

El Medio Físico-Geogràfico,

como antecedente del hombre
en las diversas manifestaciones de su actividad
y aplicación particular de esta doctrina a la

NACION MEXICANA.

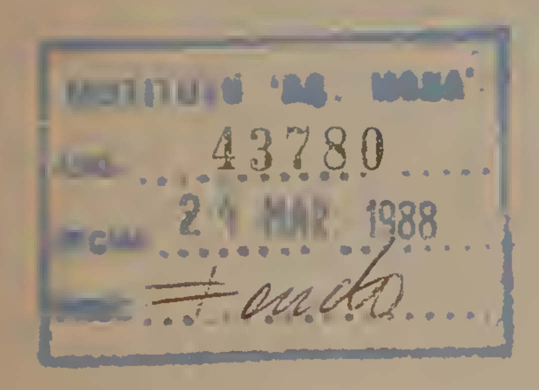
Discurso de presentación del socio Activo
Ingeniero

JOSE L. OSORIO MONDRAGON,

pronunciado en la sesión
verificada el día 25 de marzo de 1915.



MEXICO
IMPRENTA: 1ª DEL NIÑO PERDIDO 10
1916


43780
24 MAR 1988

El Medio Físico-Geográfico,

como antecedente del hombre en las diversas manifestaciones de su actividad y aplicación particular de esta doctrina a la NACION MEXICANA.

La Tierra y el Hombre.

Ligado el ser humano de inseparable modo al planeta Tierra por la poderosa acción que en aquél se verifica de la ley universal y suprema del Cosmos, lo está más particularmente a la región que habitan los hombres que hablan su mismo idioma, que tienen similares creencias religiosas a las suyas; con quienes recuerda pretéritos y gloriosos tiempos de sus comunes antepasados, y, a los que se une para ver de realizar, en lo futuro, las mismas esperanzas e idénticos ideales. Pero su liga es más íntima todavía y su dependencia más directa, con aquel rincón del mundo, humilde u opulento que lo vió nacer, que guarda las cenizas de sus mayores y en el cual anhela descansen las suyas, llegada la ocasión; pues en el orden material de las ideas, el aire que envuelve ese lugar alimenta sus pulmones, efectuando la hematosis de la sangre que circula por las venas de todo su organismo; las aguas más o menos puras de los próximos manantiales apagan su sed y en fuertes proporciones integran su individualidad. Come, pan de trigo o de centeno; según el cereal predominante o propio de su clima; vive simplemente de la caza y de la pesca, sí, como los

pueblos samoyedos y yacutos de la raza boreal, habita las desoladas *tundras* de Siberia, donde no medran sino líquenes y musgos; se nutre con la leche y la carne del reno si habita la Laponia, o se alimenta con los productos lácteos del ganado vacuno, cuando reside en las zonas templadas. Su piel y cabellos, en fin, tendrán tintes obscuros o claros, según la zona climatérica originaria de su individuo y ascendientes. En lo moral, será de temperamento hepático e indolente en sus costumbres y hasta visionario en sus creencias, si, bajo la influencia de un sol ecuatorial y abundantes lluvias, la tierra provee de sobra a su sustento con escasísimo trabajo; pero, por lo contrario, tendrá naturaleza sanguínea, con grandes aptitudes para la lucha, si las bajas temperaturas, a la vez que excitando la circulación periférica y general, intensifican la hematosis y, por ende, las funciones vitales todas, y; además, el suelo ingrato reclama de contínuo sus cuidados para proveer a su subsistencia. Y, finalmente, por lo que a su intelectualidad se refiere, sentirá el arte con pasión verdadera, amará el colorido, la luz, los sonidos y la forma, será naturalmente poeta y artista en general, si la Naturaleza, vistiéndose con sus más opulentas galas, despliega bajo su vista verdes y fragantes prados, selvas umbrías pobladas por canoras aves de lujosísima librea; anchurosos ríos, cuyas cristalinas hondas tan pronto corren mansas y apasibles en el fondo de risueños valles, como se precipitan estruendosamente en espumosas cataratas, salpicando la corola de las flores que esmaltan los ribazos; enhiestas montañas cubiertas de verdinegros bosques en los flancos y cuyas cimas deslumbrantes de blancura parecen tocar el azul del cielo: país, en fin, de luz brillante, intensa vida y perpétua primavera, que, es natural, llevará al alma, tanto el exquisito gusto de lo bello, como el supremo sentimiento de la estética. La *puzsta* húngara es la patria del *czikós* y los ideales de libertad que canta en sus himnos Alejandro Petoefi, el "Beranger Magiar", están en tanta armonía con lo ilimitado de los horizontes de Hungría,

como el espíritu independiente del gaucho, que cruza la pampa argentina sin brújula, cual águila del Aconcagua que vuelve a su nido, concuerda con los límites inconmensurables de sus llanuras: los Andes y el Mar.

En resumen, el hombre sea esquimal, latino u hotentote; amante de la belleza plástica como Fidias, cantor épico como Homero o vate medioeval como el Dante; pinte visiones celestiales como Fray Angélico o se remonte atrevido a las más altas esferas de la abstracción como Newton; sea indolente, apático y soñador como el árabe, visionario y fatalista como el musulmán, o dotado de un gran sentido práctico y emprendedor como el norteamericano, reflejará a su país en lo moral, material e intelectual; es decir, en las manifestaciones todas de su actividad.

Y si del caso singular pasamos al plural, si del individuo pasamos a las sociedades que constituyen entidades políticas, reinos, imperios u organizaciones democráticas, observaremos en ellas las mismas dependencias de causalidad que en el hombre, puesto que no son sino síntesis de elementos semejantes demasiado homogéneos para no ser excluyentes entre sí, y en donde, por consecuencia, las fuerzas sociales todas en general, pueden ser representadas por la resultante algebraica de las correspondientes fuerzas individuales.

Lógico y natural es, por tanto, pedir el antecedente físico-geográfico, la razón eficiente y primordial que nos explique las tendencias emigratorias de las tribus nómades o el carácter belicoso de los pueblos montañeses; el porqué de las invasiones europeas por las hordas asiáticas de otros tiempos; la causa de la política expansionista, conquistadora e imperialista de ciertas naciones; la razón por la cual se agrupan numerosos pueblos distintos por su origen, habla, costumbres y religión bajo el mismo cetro; el motivo de frecuentes revueltas y disturbios en hemogéneas sociedades; el retardo que han sufrido en su unificación ciertos países; la idiosincracia, en fin, de todas las naciones de la tierra y, por consiguiente, de nues-

tra querida patria, que tanto nos interesa, y aun a conocer nos obliga, el título de mexicanos.

Las Estepas

Con efecto, a las grandes *estepas* del *Turán* y *del sur de Rusia* y *Siberia*—que en interminables y áridas llánuras sin vegetación arbórea ni matorrales y en muchas partes solo cubiertás de eflorescencias salinas,—se extienden desde la Valáquiá, al través de lás provincias rusás de Besarábia y Kerson; de la depresión Aralo-oáspianá y hástá el desierto de Gobi y las fuentes del Amur, hemos de relacionar lás grandes invasiones de las hordas húnicas que bajo Etzel, el feroz Atila, invadieron la Europa en el siglo cuarto y, cuyá codicia, excitaron las comarcas occidentales, nuncá tán ingratás y estériles como las suyas.

El Nilo.

El Nilo, venido del cielo en la catarata de Syéna y alimentado por las lágrimas de Isis llorando a su esposo trágicamente muerto por Tifón, según la tradición egipcia refiere, constituyó el país que las primitivas tribus errantes que poblaron el valle del gran río, encontraron naturalmente dividido en dos regiones: el bajo y el alto Egipto; y en las cuales fueron foco de ciencias y emporio de bellas artes, Menfis en la comarca próxima al delta primeramente y, más tarde, Tébas en la región media, como lo aseveran las venerables ruinas que hoy quedan de su pasado opulento y grandiosa cultura. Obligados esos primeros colonos por las anuales inundaciones del río, tuvieron que asociarse en sus esfuerzos para construir poderosos diques y concentrar sus moradas en puntos elevados, cuya organización social y política, paulatinamente perfeccionada, llegó a constituir los pequeños estados que llamaron *nomes* y que, gravitando más tarde hacia

Menfis y Tebas coucluyeron por unirse definitivamente bajo el cetro de los Faraones, hijos del sol y reyes del Egipto unificado. Por el Nilo, fué éste pueblo sedeutario y eminentemente agrícola: de su flora vernácula supo sacar un gran partido en artes e industrias, como lo demuestran, tanto las hojas que hicieron del papiro, como los múltiples motivos que en la exornación de sus famosos monumentos tomaron de la flor de loto. Deificaron su fauna y, considerando, por último, al mismo río como un dios, convirtiéronle en el pivote de sus múltiples ficciones y pintorescas teogonías. ¡Con cuánta razón decían, pues, los antiguos, que Egipto era un don del Nilo......!

El Mediterraneo y el Libano.

La naturaleza especial de su país hizo de los fenicios el pueblo de los marinos y comerciantes por excelencia, en la antigüedad. Su patria, en efecto, constituída por una faja de tierra, a orillas del *Mediterráneo*, de ocho a diez leguas de anchura y aprisionada entre las cadeuas montañosas del *Líbano* que impiden las comunicaoiones con el interior del continente, les ofrecía de contínuo, en cambio, los anchurosos horizontes y las seductoras perspectivas del mar. La cordillera, por otra parte, desprende contrafuertes abruptos y rocallosos que van a morir hasta el litoral y que subdividen la precitada faja en zonas independientes entre sí, pero presentando, en cambio, excelentes puertos naturales y, en donde, es claro, indicado estaba por todos estos motivos, que hubieran de establecerse ciudades comerciales y opulentas como fueron sucesivamente Sidón y Tiro. Los moradores de esos pretéritos focos del comercio antiguo, deben haberse acostumbrado bien pronto a efectuar sus comunicacioues por el único vínculo que los ligaba entre sí y a los demás pueblos mediterráneos: el mar; y, merced a las abundantes y excelentes maderas que por su parte les suministrabau los secu-

lares bosques del Líbano, pudieron llevar su espíritu comercial y numerosas conquistas a Chipre, Cartago y Rodas; las Baleares, Cerdeña y *Tarsis*, y, hasta los confines del mundo entonces conocido.

El pueblo griego amante de la belleza y sacerdote del arte en todas sus manifestaciones de sublime estética y de inimitable perfección; el mundo romano aristocrático y conquistador, guerrero extraordinario así como legislador sapientísimo, me suministrarían otros tantos ejemplos en la historia antigua, para comprobar la tesis que sostengo; pero que no me detendré en pormenorizar, para no hacer más dilatado este ensayo, agravando así, sus ya numerosas deficiencias.

Ahí donde existe la armonía suficiente en los caracteres físico-geográficos para constituir una entidad material bien definida y diferenciada de las que la rodean; si además de ello es propia para la vida y facilita por su misma naturaleza las relaciones recíprocas de sus diferentes partes entre sí y con el resto del mundo, probablemente habrá sido, es o será el asiento de una individualidad política definida por más que en sus elementos étnicos y modalidades consiguientes: lenguaje, creencias e ideales, nos aparezca heterogénea, pues contará, en todo caso con el vínculo material de esa entidad geográfica bastante poderosa para mantener la coherencia nacional y en muchas ocasiones efectiva, para realizar la asimilación de los diversos elementos que la constituyen, por la orientación uniforme que exige de las actividades humanas.

El Danubio.

Ejemplo, y muy grande, de este caso nos presenta el actual dualismo político de Austria y Hungría formado por pueblos tan disímbolos como los *italo-latinos* del Tirol, los eslavos de Bosnia y Herzegovina, y los *daco-latinos* de Tran-

silvania, agrupados en torno de los germanos que habitan la región media del Danubio, parte de la superior así como los valles transversales que a ellas convergen. Los hay, de entre ellos, católicos, protestantes, israelitas y mahometanos; de alta cultura, civilización refinada y tendencias modernas como los vieneses. Haciendo vida semisalvaje con los *tzíganes* y pastores de Herzegovina, tienen costumbres casi alemanas en Viena y Lintz o imitan, por lo contrario, al Oriente en Semlin y sus alrededores y, que a pesar de su variedad, los vemos permanecer unidos cediendo a la común conveniencia que, para sus respectivos intereses, tiene la posición colectiva de la gran vía comercial de esa región: *el Danubio y sus afluentes principales.* Este gran río, cuyo origen lo forman al unirse el Bregue y el Brigach, y que muere pacíficamente después de formar un amplio delta, en el Mar Negro, es el grau camino natural que liga al oriente con el occidente europeo; la memorable vía histórica de las invasiones bárbaras y de las correspondientes reacciones imperiales de los romanos y Carlo Magno; la famosa carretera napoleónica cuya última etapa se terminó en Austerlitz; y, en nuestros días, en fin, una arteria comercial tan importante como lo demuestran tanto la intensa navegación fluvial y la prosperidad de las capitales ribereñas, como las muy traficadas líneas férreas internacionales que paralelamente al eje de la gran corriente se ha hecho necesario construir.

El Danubio es casi el símbolo de la Confederación Austro-húngara. Así como las hojas que forman el follaje de un árbol se relacionan al tronco y de él reciben la vivificante savia por intermedio de sus numerosas ramas, mantienen unidos y ligan de efectivo modo el Drave a Carintia y Estiria; e Save a Croacia-Esclavonia y Carniola y el grandioso Theiss a Transilvania y Hungría en la región media y en la superior el Inn al Tirol del Norte y Salzburgo con el Danubio que, por su superioridad representa al archiducado de Austria, tanto por la superior cultura de su pueblo como por la efectiva su-

premacía que sobre los demás le asegura la posición de la cañada de Viena entre las últimas derivaciones de los Alpes Nóricos y las colinas de Moravia. Esta puerta formidable, que al igual que domina hoy a la planicie magiar protegió en otros tiempos al gran ducado de Baviera, contra las invasiones de húngaros y turcos, con justificada razón fué por los hombres del pasado, elegida por su estratégica posición para asiento del margraviato de la famosa Marca Oriental.

El San Gotardo.

Otro caso de varios pueblos ligados nos ofrece la Confederación Helvética. Las dos terceras partes del suelo suizo están ocupadas por elevadas montañas y el resto son fértiles llanuras interrumpidas por pintorescos lagos. Los Alpes Berneses con sus ramificaciones, los Peninos y Lepontinos que se dirigen a Italia, los de Glaris y los Grisones, produciendo la fuerte concentración orográfica del San Gotardo al unirse, dejan entre sí valles tan notables como el que recorre el Rhin hasta Basilea y que ha remontado la influencia alemana; en el que se forman el Ródano y el lago de Ginebra donde se siente latir el espíritu francés, o el que encauza el Tesino antes del lago Mayor y donde palpita el alma de Italia. Estos tres pueblos tenemos, en efecto, en la democrática Suiza como elementos constitutivos de su población, ofreciendo contrastes tan marcados como el que nos presentan los católicos y franceses de Ginebra, Lausana, Neuchâtel con los alemanes y protestantes de Basilea y Shaffouse y, entre los cuales, si es cierto que la Naturaleza ha sido la causa de esa heterogeneidad; en cambio les ha dado como medio de unificación, el espíritu libre e independiente peculiar de los pueblos montañeses; les ha hecho poseedores en común de pasos tan obligados entre los hombres del Norte y del Mediodía como los túneles grandiosos y desfiladeros abruptos del Simplón y San Gotardo; y los ha dotado, en fin, de

una fuerza natural en sus montañas, que es la mejor garantía de su existencia como nación libre e independiente. "Los suizos,—decía Napoleón I que muy bien los conocía,—se han unido bajo el imperio común de los peligros."

El pueblo francés.

Si Francia es la nación centralista por excelencia de tal modo que en su corazón, París, se condensan en gran proporción sus inmensas actividades a la vez que de él brotan la luz del pensamiento y en general las manifestaciones todas del buen gusto que en cualquier rincón del mundo encontramos como destello de la poderosa antorcha latina, indudablemente que es debido, más que en ninguna otra parte, al excepcional conjunto de circunstancias, favorables a la unificación nacional, que concurren en la hermosa Francia.

Efectivamente, su territorio se localiza casi a igual distancia del polo que del Ecuador, entre el oriente y el occidente europeo, el Mediterráneo y el Atlántico ocupando el centro del hemisferio de las tierras emergidas y, por consiguiente, de las naciones del mundo. La aproximada equivalencia entre el desarrollo de sus litorales y el de sus fronteras terrestres, le ha permitido igualmente, el dominio de todos los mares así como la comunicación continental. Las barreras que forman los Pirineos, los Alpes, el Jura francés y los Vosgos han resguardado fielmente sus límites internacionales, dificultando las invasiones extranjeras y manteniendo, por consiguiente, homogéneos el idioma, la raza y las creencias. Sus principales ríos, como el Mosela, el Mosa y el Escalda; el Somme, el Sena, el Loire y el Dordoña, y, por último, el Saona, son navegables en una gran extensión por una parte, y, por otra, sus aguas corren en valles divergentes que, originándose en torno del macizo central y de la meseta de Langres, se dirigen hacia el Mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo respectivamente, facilitando con esta disposición

el comercio internacional de un modo singularmente directo y expedito. La perfecta red de canales,. que su suelo hemógeneo ha hecho posible trazar, al unir las diferentes cuencas precitadas, ha facilitado por su parte, el tráfico interno, estrechando las relaciones entre sus pueblos, favoreciendo a la agricultura y convirtiendo a ciudades interiores en verdaderos puertos.

Consecuencias de todo esto son: el carácter francés que, sometido a las influencias del mundo germano y latino a la vez y por tanto a sus múltiples contrastes, posee una fuerza especial de asimilación cosmopolita, que le vuelve accesible a todas las civilizaciones y costumbres. La universalidad de su lengua, ya como gran vínculo para la diplomacia internacional o, lo que es más, para la difusión del pensamiento. El espíritu eminentemente sintético, producto natural de la homogeneidad étnica de su pueblo y determinante a su vez tanto de las virtudes guerreras y acendrado patriotismo como de la admirable cohesión política, que hace de Francia una nación respetable. La gran riqueza agrícola que ocasiona las armónicas condiciones de su suelo, favorece sus admirables sistemas de canales y aumenta cada día más los métodos intensivos de su laborioso pueblo, y por último, el comercio mundial que sostiene con todo el orbe, origen y consecuencia de tantas y tan variadas industrias, cuya elegante marca de fábrica es el inimitable sello del buen gusto francés.

En resumen: el mundo físico e intelectual, la moda y el arte, la civilización toda, se agrupa en torno de Francia y ésta, a su vez, condensa su vida, sus ideales y recuerdos, su alma en suma, en París. ¿Hasta cuándo perdurará este polo supremo de la humanidad que refleja como ninguna otra metrópoli el espíritu del hombre?

El Rhin y el Danubio.

El suelo de Alemania pertenece geográficamente hablando a dos vertientes generales: la de los mares del Norte y Báltico representada por los ríos Rhin, Ems, Weser, Elba, Oder, Vístula y Niemen como principales; y la del Mar Negro, única, pero grandiosamente expresada por el Danubio y sus afluentes superiores hasta la confluencia del Inn; vertientes que se sueldan y están separadas a la vez, por la línea montañosa, cuyos elementos son: la parte austral de la Selva Negra hasta la meseta de Bogren, el Jura alemán o de Suavia y de Franconia, las montañas de los Pinos y la selva de Bohemia. Esta cadena de relieves orográficos y las dos precitadas vertientes, han constituído: por una parte, la baja Alemania de los ríos que se dirigen al Norte y por otra, la alta Alemania Danubiana; la primera, por la dirección general de sus valles, en contacto inmediato con el mundo escandinavo y los pueblos del Norte, y la segunda, perpendicular a la primera, como majestuoso índice, señalando el camino del Oriente. Hay pues, dos Alemanias desde el punto de vista geográfico, muy diferentes por el clima, los productos y el espíritu, y por cuanto resulta de todo esto que es la historia: la Alemania de los ríos boreales plana, estéril y brumosa y la de la gran corriente del Mediodía cubierta de montañas, de ricos campos y de fértiles valles. La primera gótica, sembrada de viejos castillos medioevales que reflejan los remansos del Rhin, el Maine o el Neckar; protestante e idealista, protectora de todos los trabajos del espíritu y gravitando hacia Berlín, y, la segunda católica, sensualista, imitando a Grecia en la construcción de su Walhala y Pinacoteca y extendiéndose en torno de Munich. Una, la septentrional formada por múltiples estados autónomos que cambian sus ideas sirviéndose del *Plat-Deutsch*, y la otra, por últlmo, constituída tan solo por tres países, pero que se entienden en una lengua más culta, perfeccionada y armoniosa: el *Alt Deutsch*.

El Rhin alemán por una parte y el Danubio en su región superior, constituyen pues, un singular sistema de coordenadas ortogonales en el que el primero representa el eje de la infuencia netamente germánica y el segundo el de la germana-latinizada, sistema que tiene por *origen* a la Selva Negra, asiento de los verdaderos y primitivos alemanes, y, cuyas *ordenadas* y *absisas*, expresan en magnitud, para cada pueblo del Imperio, la preponderancia o exclusivismo de alguna de las dos precitadas influencias. Por esto es que el poema eminentemente nacional en Alemania, el que mejor abarca todo el país, sea el de los Nibelungos; comienza en Worms, a orillas del Rhin y la gran catástrofe, cuya ruda poesía refleja el primitivo carácter teutón, ocurre en el Danubio. He ahi, por lo mismo, manifiesta la gran importancia que en todo tiempo han tenido en los destinos de este pueblo, los ancianos padres de la blonda Germania. A ellos con sus múltiples y contrastados efectos débese, sin duda, el que la unificación alemana hubiese sido el último hecho de este género acontecido en Enropa y que solo fué posible, cuando gracias a la sagacidad y perseverancia del famoso *Rey Sargento* y sus sucesores, se hubo formado un poderoso núcleo de atracción en el reino de Prusia, suficientemente intenso para contrarestar y aun vencer a las acciones antagónicas naturales y cuya consecuencia lógica debía ser el famoso tratado de Versalles del 18 de Enero de 1871.

Vemos, por tanto, la importancia capitalísima que tienen esas individualidades geográficas, como las he llamado: planicies, grandes ríos, cadenas montañosas, penínsulas, etc., en los destinos de los pueblos: pues al subdividir la unidad continental determinan en las grandes porciones del mundo el asiento de las diferentes agrupaciones humanas, y las delimitan, constituyendo las naciones de un modo natural y lógico, y, por tanto, efectivo y duradero; y teniendo en ellas su razón de ser hasta la política unionista e interna, que han debido desarrollar ciertos pueblos, para adaptarse a las cir-

cunstancias de su suelo heterogéneo y vario. De donde se deduce, que el predominio y esplendor de las diversas naciones de la tierra, su existencia actual y su estable porvenir, depende íntimamente de las diversas relaciones que las ligan al medio físico geográfico en que desarrollan sus actividades, relaciones que es preciso considerar en todas las ramificaciones de la ciencia de gobierno, pues como con mucho acierto afirma Drapeyron: "La Geografía bien comprendida centralizará en provecho de las ciencias políticas, todos los conocimientos humanos. La Tierra pertenecerá a quien mejor la conozca."

Pasemos ahora al estudio de nuestra querida Patria.

LA REPUBLICA MEXICANA.

En tesis general y sin vanos alardes. México, es una nación privilegiada del mundo en donde como reza el pendón es «benigno el clima, fértil el suelo y cómodo el sitio». Ocupa como Francia, Rusia o Alemania una vasta región continental; se adelanta entre las ondas de los mares como Italia, Escandinavia y Dinamarca, ofreciendo los apéndices peninsulares de Baja California y Yucatán; se estrecha como sucede con Grecia en Corinto, como Indo China al ñorte de Malaca o como Panamá o Nicaragua ofreciendo el Istmo de Tehuantepec, privilegiadamente localizado por su especial situación, y, por último, posee un cortejo insular que le rodea, estableciendo algunos grupos de islas notables a lo largo de sus nueve mil kilómetros de costas; como son las Tres Marías y las Marietas y aun otras más alejadas del continente como acontece con las de Revillagigedo.

Con efecto, examinando una carta de la República, se distinguen desde luego las diversas regiones precitadas: la continental abarcando una gran extensión, la ístmica de Tehuan-

tepec perfectamente definida entre el Golfo y el Pacífico y la Peninsular formada por los procurrentes de Yucatán y Baja California. Queda todavía una cuarta y es, la que forman las islas y grupos de éstas que a México pertenecen, pero cuya importancia es enteramente secundaria, si se atiende a la de las enumeradas anteriormente.

La parte Continental.

Es notorio que de las regiones señaladas, la continental es la que más interés ofrece a nuestro estudio, tanto por su mayor, extensión superficial, como por las muy variadas condiciones, circunstancias y hasta contrastes que su topografía nos presenta. Una inmensa altiplanicie, comparable a las que se localizan en Asia, y sostenida por dos majestuosas cordilleras, cuyos flancos exteriores, en progresivo descenso, van a morir en las arenosas playas del Golfo o a determinar acantilados abruptos del lado del Pacífico, forma la grandiosa arquitectura de este vasto conjunto, en el cual se encuentran desde el ardoroso clima de los trópicos, hasta las glaciales zonas donde toda vegetación desaparece; caudalosos ríos que fertilizan los campos y que a la vez que son fuentes de luz, calor y movimiento, facilitan las mútuas relaciones de sus diversas partes; variadas formaciones botánicas y numerosas facias de vegetación que aseguran la vida de una rica fauna, proveyendo todas a la alimentación omnívora del hombre En una palabra, constituye por sí y en sus atributos, una entidad geográfica tan perfectamente definida, como cualquiera de las anteriormente estudiadas. Notemos, sin embargo, que dentro de su gran armonía y palpable unidad, la región que analizamos ofrece las siguientes variedades: Primero, los planos inclinados al Golfo y al Pacífico que determinan dos zonas ampliamente expuestas a las influencias marítimas; Segundo, la gran altiplanicie que de los valles de México y Toluca se exiende y abate hasta las márgenes del Bravo y,

Tercero, el fértil, poco elevado y cálido valle del río de las Balsas, cnya fisiografía especial lo caracteriza suficientemente.

El primer conjunto, llamado comunmente en nuestro país *las costas*, al subdividirse de un modo natural en plano inclinado del Golfo y su semejante del Pacífico, da origen por una parte, a esas comarcas benéficamente expnestas a los vientos húmedos y brisas atlánticas, factor que,—en combinación con la temperatura y los numerosos ríos que, originándose en las regiones altas, se precipitan por los flancos de las montañas,—produce la vegetación esplenderosa y la variada flora, tanto de los inmensos bosques de las maderas preciosas, balsámicas y tintóreas, como de los dilatados campos sembrados de café, vainilla, tabaco, caña de azúcar y otros productos, con que pródigamente nos regala el suelo veracruzano, y, en donde, por consecuencia, encontramos poblaciones eminentemente agrícolas como Córdoba, Huatusco y Papantla; esencialmente industriales como Orizaba, o de intenso tráfico como Veracruz y Tampico. Aqnellas, debiendo al suelo y al clima sus riquezas: las segnndas, utilizando la energía potencial qne, gratuita y abnndantemente les suministran sus ríos, y, las últimas, ampliamente comunicadas por el Oceano con todos los países del mundo. Así, pues, bajo esta triple influencia de la agricultura, de la industria, y del contacto con la civilización europea principalmente, es como se ha formado el carácter veracruzano: liberal, progresista e independiente. Algo semejante acontece del lado del Pacífico; sólo que ahí, la fácil comunicación con el oeste de los Estados Unidos o con Centro América, ha venido a mezclar varios factores exóticos de esas comarcas, preponderando, las respectivas tendencias de los países citados, en razón directa de su mayor o menor vecindad geográfica.

Por lo qne toca a la Altiplanicie, también puede dividirse, para su estudio analítico, en dos regiones separadas entre sí por el zig-zag montañoso que forman en su conjunto las sierras de Naola, Guadalcázar, Cerritos, Zacatecas, Mezquital, la

Breña y otras. Una, la boreal, constituída en gran parte por las planas y áridas llanuras del Valle del Salado, del Bolsón de Mapimí, por *los cañones* paralelos de Coahuila o por valles que se dirigen al Bravo, pero, en todo caso, con toda amplitud abiertos hacia el Septentrión, y, muy bien dispuestas, por consiguiente, para recibir de lleno la influencia norteamericana. Con grandes extensiones cubiertas de abundantes pastos en donde se desarrollan y prosperan excelentes ganaderías; dilatados campos sembrados de guayule y algodón, origen de activas industrias y manufacturas, que favorecen aún más, los inagotables yacimientos carboníferos de la región boreal, y, por último, numerosos asientos de ricas minas, con particularidad en las comarcas montañosas del poniente y sur; circunstancias todas que concurren para determinar el carácter mercantilista, práctico e industrial de los habitantes de esta parte de nuestra patria, y del cual, buenas pruebas tenemos en las ciudades casi extranjeras y de intensa vida como Torreón y Monterrey en particular, y algo también en Chihuahua, en donde hasta en el idioma encontramos frecuentes anglicismos.

Encastillada entre montañas la segunda división de la altiplanicie—puesto que colinda al norte con la anterior: tiene al oriente las vigorosas cadenas de la Sierra Madre Oriental, luciendo sus más elevadas y majestuosas cumbres: la encuadra por el sur la pronunciada y volcánica arista donde culminan la Malinche de extendidas faldas, el grandioso Popocatepetl de elevada cumbre, el voluminoso Ajusco, o el pintoresco Nevado de Toluca, y al poniente, en fin, es limitada por la abrupta Sierra Madre Occidental—ocupa el corazón de nuestra patria, y es, a manera de la torre del homenaje de los viejos castillos, el sitio consagrado por la tradición, la leyenda y los recuerdos En ella, como en el centro del templo salomónico, se encuentra el Sancta Santorum donde se deposita el arca de la Alianza de la nacionalidad mexicana; y es también en su territorio donde se localizan las más antiguas ciu-

dades y las de más carácter como Guadalajara, Querétaro, Puebla y Morelia que, cual damas de honor agrupadas en torno de su soberana, forman el real séquito de la bellísima "Reina de los lagos aztecas."

Natural es, por tanto, que en esas viejas ciudades de grandiosas catedrales y numerosos templos; vetustos palacios y preciosos monumentos, muchos de ellos de la época colonial, palpite aun redivivo el espíritu religioso y conservador de los tiempos hispánicos, protegido como aquí está, mejor que en ninguna otra parte, por las barreras que cierran sus valles. Además, si se toma en consideración que desde los remotos tiempos, la administración virreinal primero, y. más tarde, las subsecuentes, al fijar su residencia, han hecho afluir hacia esta parte del país el capital y la inteligencia de todos los confines del territorio, se comprenderá muy bien como las ideas conservadoras y tradicionales, por una parte, y, por otra, las refinadas costumbres y una dosis mayor de cultura general, constituyen, los factores predominantes del carácter en la región que nos ocupa.

El valle del río de las Balsas, por último, de fertilidad prodigiosa, consecuencia lógica, tanto de su clima húmedo y cálido como de la abundante y natural irrigación que posee, es el asiento de pueblos agricultores, sujetos al suelo de modo poderoso, dedicados por completo a rudas faenas, y separados por grandes obstáculos naturales de los principales centros de cultura del país. Son por tanto de vida sedentaria y, por lo que a su condición social se refiere; hay mucho en ellos que debe ser mejorado. Hasta la naturaleza misma, parece tener empeño en señalar estos compatriotas nuestros, estigmatizando su epidermis con tintas indelebles.

El Istmo.

La zona ístmica, privilegiadamente localizada entre el traficado Golfo de México y el anchuroso Pacífico, ofrece por su

parte dos regiones distintas y perfectamente separadas entre sí por el eje orográfico, que, aunque de escasa elevación, es suficiente, sin embargo, para determinar las dos vertientes que bajan hacia los mares y las cuales se diferencían de una manera notable por la multitud de circunstancias particulares que en cada una de ellas concurren. Una, la boreal, es amplia, de moderados declives, de configuración casi plana y formada en gran parte por terrenos de origen aluvial, en donde corren grandes ríos como el Grijalva, el Usumacinta y el Coatzacoalcos y, otros muchos de menor importancia. De éstos, los dos primeros, por la disposición especial de la topografia, principalmente en la parte oriental, son formados por numerosos afluentes, se subdividen antes de su desembocadura en múltiples brazos de caudalosa corriente que cruzan el suelo en todas direcciones, y dejan entre sí grandes depósitos lacustres, que determinan en ella una irrigación natural extraordinaria, factor que en combinación con el clima ardiente y particulares condiciones de humedad que le aseguran, tanto su situación geográfica intertropical, como los moderados relieves de su configuración, transforma a esta parte de la República, en una de las comarcas más fértiles y hermosas de la tierra. La vertiente del Sur, por su parte, estrecha, aprisionada entre las montañas y el mar; de suelo muy escabroso y con escasas y poco importantes corrientes fluviales, que en muchos casos se reducen a simples torrentes, no carece, sin embargo, de interés; pero nunca puede ser comparable al que nos ofrece la anterior, y, por tanto, en el estudio de ésta me detendré de toda preferencia.

Como ya queda relatado, en el declive del Golfo, dispone el hombre, por lo que a su opulenta flora tropical y semitropical se refiere, de verdaderas e inagotables riquezas. Es a manera de un paraíso, en donde las selvas formadas por árboles de maderas finas, balsámicas y tintóricas, alternan con amplios campos sembrados de cereales; numerosas huertas en las cuales se producen frutos exquisitos: ricas plantacio-

nes de arroz, caña de azúcar, cacao, café, algodón, caucho, tabaco y vainilla, o dilatados ranchos y potreros que con sus excelentes pastos, favorecen el desarrollo y fomento de la industria pecuaria. Sorprendente y esplendorosa variedad, que hace de la agricultura y de la ganadería, el primer capítulo de la riqueza del istmo. Y dado que, en esta parte encontramos localizada la zona hidrográfica más notable de la República, tanto por la gran extensión que abarca, como por las facilidades que sus ríos de llanura ofrecen para la navegación fluvial; es claro que dicha navegación como medio de transporte desconocido casi en la parte continental, constituirá el principal vehículo para el traslado de los innumerables productos vegetales y animales de su suelo, encauzando por decirlo así, el comercio e industrias de sus habitantes, según las opuestas direcciones de los dos declives generales, hasta condensarlos por una parte en Puerto México, Frontera y el Carmen y, por otra, en Salina Cruz; pero encontrará a la vez, serios obstáculos la comunicación transversal, es decir, la que se verifica a lo largo del istmo y, por consiguiente, la de los diversos puntos de éste con el resto del país. De todo lo anterior se desprende que los naturales de esa privilegiada región, encontrando en el clima su mejor abrigo, en los bosques y en los ríos inagotable y variado alimento; facilidad de transporte en sus caudalosas y múltiples corrientes y riqueza, en fin, en todos los rincones de su suelo, viven felices en lo alto de sus montañas como a la vera de sus caudalosos ríos, sin deseo de trocar la hermosa libertad de que disponen por las artificiales comodidades citadinas. En efecto, no encontramos populosas capitales ni grandes poblaciones en el istmo; pero, en cambio, existen multiplicados centros de inmensas riquezas, que es muy natural se vanaglorien de poseer los laboriosos y progresistas istmeños.

La Peninsula.

Yucatán ofrece un bello tipo de procurrente. Se adelanta

con gallardía entre las ondas del hermoso Golfo de México y le separa del Mar de las Antillas, presentando su muy unida y regular superficie a las influencias climatéricas propias de esas dos partes del Atlántico. No dispone, es cierto, de esa vasta escala de alturas que determina la variedad de climas en otras regiones y, por ende, la riqueza de la flora y diversidad de la fauua. Carece de impetuosos ríos que benéficamente irriguen su suelo; sus litorales no se recortan con esa profusión de detalles, tan favorables al establecimiento de abrigados puertos; pero, no obstante, dista mucho la península de guardar la penosa y sórdida condición del desheredado, pues la abundante circulación de sus aguas subterráneas, expresada y manifiesta en las típicas *sartenejas*, *aguadas* y *cenotes* por una parte y, por otra, el clima marítimo y las peculiares rocíos que allí se producen, garantizan suficientemente la vida y propagación, tanto de las ricas especies arbóreas que forman sus inmensos bosques, muchos de ellos aun inexplorados, como de la agricultura yucateca, en la que el cultivo del henequén, el del maíz y la explotación del palo de campeche—muy principalmente el agave citado en primer término—constituyen sus más preciosos dones de los cuales, se derivan, multitud de industrias y manufacturas especiales, que dan origen a su riqueza y motivan, en unión de las materias primas, la activa exportación que la península efectúa, tanto hacia el interior como al exterior, por intermedio de sus mares.

Yucatán es punto de paso obligado, de arribada casi forzosa para el comercio europeo y norteamericano del Este, y recibe por tal motivo su influencia y se comunica con ellos, de un modo bastante directo y sin tener que recurrir para ello, a la parte central de la Nación. Los trasatlánticos españoles y franceses o los vapores de las líneas americanas dejan en Progreso, antes que en Veracruz misma, capital, ilustración y comercio, contingente que prospera en la península, gracias a los recursos naturales, cultura de sus hijos y muy variadas industrias que en ella se desarrollan, Circunstancias todas que

encontramos bien marcadas en la bella y pulcra ciudad que fundara el adelantado Montejo; y que motivan, a la vez, el carácter franco, progresista y amante del bienestar de dichos peninsulares, quienes, mejor que nadie, justiprecian y saben el papel que representan sus riquezas y su suelo en el gran conjunto de la República.

De cuanto sobre México llevamos dicho, hasta aquí se infiere que, primero, la entidad continental por sí sola nos presenta cuatro regiones distintas; el istmo se resuelve en dos declives contrastados; y, Baja California y Yucatán, por último, forman un tercer grupo bastante diferenciado en sus elementos constitutivos; segundo, que esa multiplicidad determina diferentes climas, variados recursos naturales y necesidades diversas que producen, en las clases activas del país, la desemejanza en tendencias, ocupaciones y caracteres regionales que hemos apuntado; y si a ello se agregan, como es lógico, las correlativas consideraciones sobre la naturaleza y origen étnico tan distintos, las variadas creencias religiosas y numerosos dialectos de los habitantes de nuestro suelo, no se podrá menos que deducir que la fuerza de cohesión natural, de que disponemos en nuestra patria, es insuficiente para realizar por sí, el gran anhelo de todo buen mexicano: la unificación nacional.

Conclusiones.

Tocamos ya a nuestro fin en esta rápida excursión por el mundo, al través de los tiempos y del espacio, y como lo hace el viajero al término de su carrera, revisemos por la vez última nuestros acervos y lo que en ellos se contiene, para ver de dedicar lo adquirido a fines adecuados.

El mundo antiguo, como la edad media y moderna; Europa, Asia, Africa y América; las tribus con sus estepas y el Nilo con sus fellahs; Austria a la cabeza de numerosos pueblos y la centralista Francia, en fin, con su admirable cohesión política, nos han demostrado hasta la evidencia que el medio físico-geográfico ha sido, en todo tiempo, el determinante directo de las diversas orientaciones de su actividad. El suelo de nuestra patria, por otra parte, nos ha demostrado que en virtud de su diversidad no es suficiente para efectuar por sí la unificación nacional; pero Alemania y Suiza con sus diversas y contrastadas regiones, diferentes razas, variados idiomas y múltiples tendencias artísticas, intelectuales y reli-

giosas, principalmente con su gran poder, del que ha dado buenas pruebas al mundo, la primera, nos dicen que es preciso no exagerar la necesidad de los fenómenos naturales, hasta el grado de desesperar de los recursos del hombre. Que la Fatalidad y el Destino de los antiguos, lo cual no es otra cosa que el orden y armonía preestablecidos en los fenómenos naturales y sus consecuencias, pueden ser, y de hecho han sido, modificados dentro de ciertos límites, por la actividad espontánea de la inteligencia y más cada vez, en virtud de la inexorable y sublime ley del progreso.

Atendamos, pues, su ejemplo, ya que él nos manifiesta mejor que otro alguno, que siempre será posible en nuestro país la neutralización de los efectos antagónicos regionales, por medio de sabias y sagaces disposiciones que tiendan, en todo caso, y con depurado criterio, a tratar los casos desiguales por procedimientos también desiguales, para ver de obtener resultados iguales que homogenicen al pueblo; que las leyes, decretos y demás disposiciones emanadas de los poderes federales, vayan inspirados en la homogeneidad de nuestro pueblo, como fin, pero nunca como médio, ya que éste no existe; que se fomenten de activo modo las comunicaciones marítimas y terrestres que vinculan más estrechamente a las diferentes partes del territorio, apoyando, y si preciso es, cuando las circunstancias del erario nacional lo permitan, subvencionando aquellas empresas que mejor realicen la liga de las comarcas, hoy aisladas con el centro; que se estrechen las relaciones comerciales de los pueblos, dando a conocer claramente sus industrias y productos en bien provistos museos tecnológicos. Que se procure, en fin, la redención de la raza por la instrucción siquiera sea rudimental, para encauzar las aspiraciones y encaminar las tendencias hacia la resolución en común de los grandes problemas que implican: el Progreso y la Integridad de la República.

Estoy persuadido, con la convicción del vidente, de que es preciso fijar la atención de nuestras clases directoras en la trascendencia de los puntos anteriormente bosquejados; y si tal fuere, como de seguro lo será, la opinión respetabilísima de la primera asociación científica del país, encontraría en ello el más alto honor de mi vida.

México, marzo 25 de 1915.

Ingeniero.
JOSE L. OSORIO MONDRAGON.